

# AGUSTÍN AGUIRRE

## Antton Obeso

¿De qué serviría tratar de describir el conocimiento que uno cree haber adquirido de una persona de la que has sabido toda la vida, porque ha nacido en el mismo lugar, y con la que has conversado de todo lo habido y por haber y que, de pronto, te enteras que una jugada del destino ha herido a ese amigo de tal modo que va a impedir que esos encuentros, a veces casuales y alguna que otra vez concertados, vuelvan a suceder del mismo modo?

Agustín se movía en inquietudes intelectuales y compromisos culturales de un modo sosegado, anónimo, en silencio. Siempre. Su primera colaboración en esta revista, OARSO, en 1971, fue para contarnos en un tono de contenida satisfacción el progreso ascendente con que la Asociación de Fomento Cultural se estaba desarrollando. A diez años de su inauguración ya contaba con unos locales para tanta actividad impulsada por sus promotores: euskera, alfabetización, ajedrez, socorrismo, fotografía, dibujo artístico, biblioteca, etc. Y en posteriores ediciones de OARSO siguió Agustín con el mismo tema de la Asociación, del éxito habido con una exposición fotográfica de verdadero interés ya que era el pueblo de Rentería, en su faceta tanto humana como social, el objetivo de aquella expresión artística. Un año después, fiel a su compromiso con la Asociación de Fomento Cultural, Agustín, en un artículo titulado *“Los discípulos de Zamenhof”*, nos dice de las clases de esperanto que se impartían en la Asociación, lo cual le da pie para contarnos detalles de la vida del polaco Luis Lázaro Zamenhof, creador del idioma.

En 1975 OARSO centraliza el discurso de la revista en el tema de la Universidad, asunto que preocupaba en aquellos momentos a la sociedad vasca, y Agustín, con evidente ironía, titula su colaboración *“Los que no fuimos a la Universidad”*, pues en aquellos años cuarenta de su juventud sólo unos pocos privilegiados podían acceder a estudios superiores. El dice conformarse con lecturas que caen en sus manos y que lo mismo puede ser una novela de Zane Grey o de Julio Verne. La Universidad era algo impensable, “ignorábamos incluso el sentido etimológico de la palabra Universidad”, comenta. La muerte de Ortega y Gasset, en 1955, ocasionó que su obra literaria y filosófica se mencionara en los periódicos, especialmente su ya famosa *“La rebelión de las masas”*. Movido por la curiosidad, Agustín adquirió la citada obra que tras “trabajosa lectura –dice en su artículo–, constituyó algo así como el descubri-



miento de un mundo desconocido hasta entonces en mis lecturas”.

En 1976, y siempre en esta revista de nuestro pueblo, publica un sentido poema, “*Los dos arrabales*”, pleno de delicadeza y de cariño, donde pone su mirada de atención en las calles de Santa Clara y de la Magdalena.

En “*El emigrante desconocido*” nos relata la dramática historia del irlandés Patrick Kerry, nacido en un pueblecito de pescadores, en el condado de Wexford, no se sabe si en 1573 o 1574, que a los quince años abandona el hogar paterno y se embarca, de marmitón, en un pequeño velero que se dedicaba al comercio con Flandes y Holanda, y que ya no volvería a su pueblo natal. Tiempo después, aventurado en otras travesías, ya en 1605, su embarcación naufraga siendo salvado por pescadores vascos, no se sabe si de Fuenterrabía o de Pasajes, pero sí hospitalizado en Rentería, donde habitaría hasta su fallecimiento, siendo enterrado el 12 de enero de 1607 según consta en documentos. Si el tal Patrick Kerry fue el primer inmigrante llegado a estos lares Agustín no nos lo puede asegurar ya que, como nos advierte, inevitables lagunas en la documentación investigada no posibilita llegar a muchos detalles. Sin embargo, la historia del irlandés está relatada con imaginación y verdadero calado humano. Esto fue en el OARSO del 82, dedicado a la inmigración como tema central.

Le encantaban las anécdotas, las pequeñas historias, esos sucedidos breves salpicados de cierto humor. Disfrutaba contando asuntos que había leído mucho tiempo atrás. Escribía notas y seguramente los cajones de su mesa los ha dejado repletos de apuntes. Como el que relata en “*Una pequeña historia*” (OARSO 80), sobre una placa conmemorativa de la empresa Sociedad Tejidos de Lino en su centenario 1845-1945.

También los malos recuerdos surgían alguna vez en sus comentarios y en sus escritos. En “*La letra con sangre entra*” lamenta el equivocado sistema de enseñanza de algún maestro de su tiempo de niñez que consideraba como mejor método la mano dura y el golpe de regla. Y menciona a Dickens, uno de sus escritores queridos, que tan acertadamente describe en su obra tales errores en la educación escolar.

Aunque era hombre de pensamiento, Agustín no podía evitar que su vena sentimental surgiera por algún motivo que llamara a la puerta de su conciencia. Le habían regalado una casete y al escuchar una canción de cuna que en cuarenta y cinco años no había oído, despertó en su recuerdo tal cúmulo de emociones que con tan profundo sentimiento relató en su colaboración del 83 “*El poder de la música*”. Aquella voz femenina cantaba con dulzura: “Loa, loa, txuntxurrun berde/ loa, loa masusta/ aita guria Gasteisen da/ ama mandoan artuta...”. Fue como un latigazo, comenta Agustín, “y fue al conjuro de esa melodía cuando surgió en mi memoria un verdadero borbotón de recuerdos”. Las primeras imágenes de su niñez, los primeros pasos por el barrio, los afectos, y, cómo no, todo ello lo relacionaba con una lectura de una novela de las llamadas de “ciencia-ficción” donde venía a decirse que el cerebro humano es como una cinta magnetofónica donde están grabadas las impresiones de la más tierna infancia del ser humano y, lo que son las cosas, una de las formas de poner en movimiento esa delicada maquinaria del cerebro humano es la música.

Tampoco la literatura oficial escapaba a su atención durante el tiempo que fuera concejal en el Ayuntamiento. Indagaba en legajos del archivo municipal a la búsqueda del perfil humano que pudiera surgir de un documento que a primera vista, casi siempre en esta clase de textos, aparecen fríos y desanimados. Y un bando firmado el 6 de Abril de 1902 por el entonces alcalde D. Jesús M<sup>a</sup> Echeverría, le da pie para evidenciar la responsabilidad que todo ciudadano tiene en la limpieza y ornato de las calles y plazas. Una normativa municipal publicada en un bando a principios de siglo y vigente, hoy en día, con mayor necesidad de su cumplimiento por la ciudadanía según opinión de Agustín expresada en su artículo de OARSO del 84, “*Literatura municipal*”.

En “*Hubo una vez una guerra*” toca el tema de la guerra civil, lo dedica a la memoria de su tío Txomin, y esa inquietante jabonera, en forma de bala, que perteneció a un soldado de veinticinco años fusilado contra el muro de un cementerio. Jabonera que, desde el año 36, ha perdurado en el tiempo como una reliquia, vestigio de un dolor siempre presente en una familia. Y otra vez Agustín hurgando en el alma humana con la misma precisión con que un diestro cirujano maneja el bisturí.

En “*El acebo en el rincón*”, un año después, en el OARSO de 1987, Agustín fija su mirada en un viejo acebo crecido en un rincón de una de las calles más concurridas y entrañables de la Parte Vieja de Rentería y escribe un poema sentido y no exento de melancolía.

Pero un día Agustín habría de contarnos algo de sí mismo y de lo que realmente le importaba. “*Algo más que papel*” no es una colaboración más que publica, como siempre, en esta revista; “*Algo más que papel*” es toda una declaración de principios. Lector voraz desde que aprendiera a leer, la Literatura supuso en su vida su mayor pasión, la patria, en definitiva, donde dejó que anidara su espíritu. “Los libros son, afortunadamente, algo más que hojas de papel cosidas y encuadernadas formando un cuerpo”, comenta. “El libro es el salvavidas de la soledad”, dice haciendo suya una greguería de Ramón Gómez de la Serna. Y recurre a un proverbio árabe para reafirmarse en su principio: “Un libro es como un jardín que se lleva en el bolsillo”. El libro, por lo tanto, le suponía el tesoro más preciado. Hijo de familia de modestos recursos, era impensable, para Agustín, en aquellos años de carencias disponer de una peseta para comprarse un libro. No obstante tuvo la suerte de que en aquella casa hubiera dos obras que leería una y otra vez, “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha” y una biografía de Napoleón escrita por Alejandro Dumas. Estos fueron sus dos únicos libros en su iniciada adolescencia.

Algún tiempo después, más libros, más novelas. “Muchas veces –comenta en su artículo–, los libros llegan a las manos del lector por inimaginables e increíbles vericuetos”. Con el tiempo se dejó decir, había encontrado un filón. Un amigo, empleado en la Papelera, le surtía de esos libros que, por mil motivos en aquellos años cuarenta de censuras y abandonos, iban a parar a los depósitos de la empresa papelera para su posterior transformación en papel de prensa. Y uno no puede menos que imaginar la vida de este chico, esperando preocupado al amigo cómplice, a la salida del trabajo, una noche de invierno quizá, y luego encerrarse en su habitación con esa fortuna en sus manos, abriendo la caja emocionado a los misterios que se le aparecían. A



veces sucedía, en aquellos años cuarenta de privaciones, que la luz de la lámpara se iba apagando, poco a poco, por deficiencias en la empresa suministradora de corriente eléctrica, tan despacio que el filamento de la bombilla brillaba tenuemente como si fuera una lombriz en la oscuridad de la habitación y terminaba por fenecer, y el chico se quedaba con el libro entre las manos esperando la luz ansiosamente. Tantos libros... *La vuelta al mundo en ochenta días*, *El correo del zar*, *La guerra de los mundos*, *Historia de dos ciudades*, *Eugenia Grandet*, *Los miserables*... le gustaba recordar, y aquellos autores, como Xabier de Montepin, Eugenio Sue, Paul Féval, Berta de Suttner con su *“¡Abajo las armas!”*, leída por primera vez cuando Europa se debatía desgarrada por la Segunda Guerra Mundial.

Se sintió indignado cuando en cierta ocasión alguien dijera: “¡Porque en definitiva, los libros son papel y nosotros somos de carne y hueso!”.

“Eso no es cierto –protesta Agustín–. Es más, es un triste error. Los libros son algo más que papel, algo mucho más importante. Y el ser humano es algo más que carne y hueso. Algo más importante que la sola materia”.

“Poseen los seres humanos –concluye su escrito en la revista OARSO del 88–, eso que unos llaman espíritu, otros inspiración y algunos sople divino, que hace que unos escriban novelas, ensayos, poesías... Y que otros se instruyan, se perfeccionen o se emocionen leyendo las novelas, los ensayos o los poemas que aquéllos escribieron sobre el papel. Nada más y nada menos que eso...”.

Agustín Aguirre de Echeveste, como firmaba sus escritos, fue miembro del comité de redacción de esta revista, OARSO, y fiel a la filosofía de renterianismo (errenterianismo, se dirá ahora) que su iniciador, Boni Otegui, imprimió a la publicación. Se sentía cómodo en esta república y disfrutaba, decía él.

Era un hombre sencillo porque se conocía a sí mismo, conversador, dispuesto siempre al diálogo, abierto, pues no tenía inconveniente en contrastar sus ideas con las de otros, afable y culto, ya que nunca dejó un libro de su mano desde que aprendiera a leer. También es verdad que sufría cuando se encontraba con posturas enquistadas, cerradas, tanto es así que hasta le producían verdadero malestar físico. (Nunca debe uno abandonar el Mississippi, Agustín).

¿De qué puede servir –me pregunto–, tratar de describir el conocimiento que uno cree haber adquirido de una persona, si uno sabe, con seguridad, que no ha habido tiempo suficiente para conocer lo que todavía estaba por aprender de esa persona?

Si para el autor de *“Por quién doblan las campanas”*, Ernest Hemingway, la eternidad habría de ser un hermoso río donde pescar sabrosas truchas, en las mañanas, y en las tardes, un coso taurino donde se dieran cita los mejores espadas de la tauromaquia y presenciar desde la barrera las faenas más prodigiosas, para Agustín la eternidad no puede ser menos que una inmensa biblioteca, sin apagones, pues la estancia estará iluminada por sosegado resplandor divino.

Que así sea.